

EN TORNO A LA ROCHEFOUCAULD

“Se ha escrito tanto sobre La Rochefoucauld, que hoy me sería difícil hablar de él, si el carácter propio de estos grandes y fecundos espíritus no fuese el de excitar perpetuamente a aquellos que los releen y renovar las fuentes de ideas por el contacto con las suyas”.

SAINTE BEUVE

— I —

El Hombre y la Obra

Entre los numerosos moralistas que ofrece la literatura francesa, La Rochefoucauld ocupa un lugar aparte. No es un hombre de libros como Montaigne, pero se asemeja a él por su ponderado escepticismo. No es un pintor como La Bruyère, ni un pensador como Pascal, pero los resume a los dos, ofreciendo en sus “*Maximes*” (1) la fórmula de los personajes que el primero describe en los “*Caractères*”, y dando la solución del problema que el otro busca en vano en sus “*Pensées*”.

(1) La mejor edición de sus obras es la publicada en la colección *Les Grands Écrivains de la France*, por D. L. GILBERT et J. GOURDAULT: *Oeuvres de la Rochefoucauld*. Paris 1868-83, 3 tomos y 1 álbum. Allí se reunieron todos los documentos que interesan al autor y el texto de sus obras se estableció con sumo cuidado. Ver sin embargo el artículo de PAUL JANET en *Journal des Savants*, Junio y Julio 1889.

Su vida ha sido estudiada a menudo y con razón, pues la mayor parte del saber y del conocimiento que contienen sus obras, son productos de ella (2). Segrais, uno de sus amigos, nos dice: "M. de La Rochefoucauld no había estudiado pero tenía un maravilloso buen sentido y conocía perfectamente el mundo" (3). Para comprender su obra, es, pues necesario conocer su biografía aunque sea brevemente.

François VI, príncipe de Marcillac, y duque de La Rochefoucauld a la muerte de su padre, pertenecía a una de las más nobles y antiguas familias del reino. Nació en París en Septiembre de 1613, el mayor de 14 hermanos, siendo bautizado por un obispo, tío suyo y actuando de padrino un Cardenal, otro de sus tíos. Sin embargo, poco faltó para que naciera hugonote, ya que su padre, François V, esperó la coronación de María de Médicis (1610) para abjurar el protestantismo, y quizás parte de la amargura de las "*Maximes*" se justifique por influencias calvinistas ejercidas sobre él cuando niño, sea por amigos de la casa, sea por algún antiguo servidor.

Su instrucción, bastante sumaria, consistió sin duda más en ejercicios físicos que en estudios; sus conocimientos fueron muy limitados y sabía poco o nada el latín, pues si bien en una carta escribe a un amigo que le ha mandado unos versos latinos para que los juzgue "Yo no entiendo *bastante* el latín para atreverme a hacerlo", la frase está escrita sobre otra tachada que dice: "Como *no entiendo* el latín" (4). A esta causa debemos en parte atribuir que en su obra no cite a casi ningún autor, aunque también debemos recordar lo que dice Sainte Beuve: "No hay un sólo nombre propio en las

(2) La más documentada biografía de La Rochefoucauld es la de J. Gourdault, publicada en el t. I, de la edición citada en la nota anterior. Debe también consultarse BOURDEAU J.: *La Rochefoucauld* (Colec. *Les Grands Ecrivains Français*), Paris, 1895.

(3) BOURDEAU: *op. cit.*, pág. 103.

(4) Carta 116, *G. E. F.*, t. III, pág. 225.

“*Maximes*”... para un pensador de esa alcurnia, hubiese sido rebajarse ⁽⁵⁾.

Por otra parte, en su juventud leyó con profusión las novelas en boga y conservó siempre esta afición. El abate de Longuerre escribe: “M. de La Rochefoucauld ha sido fiel toda su vida a las novelas. Todas las tardes se reunía con Segrais en lo de Mme. de La Fayette y se hacía una lectura de la “*Astrée*” ⁽⁶⁾. Y este gusto por lo romanesco es de recordar, porque explica muchos actos de su juventud ⁽⁷⁾.

A los 15 años se casa con Andrée de Vivonne, hija del gran halconero de Francia. Su mujer fué bastante insignificante. No parece haber sido muy intelectual, sus lecturas eran casi nulas y Quentin Bauchart, en su obra “*Les Femmes Bibliophiles de France*”, ⁽⁸⁾, sólo cita como libro valioso de su pertenencia un “*Office de la Vierge*”. El duque no debe haberla amado mucho y ella lo sabía; después de haber sido éste herido en el combate del Faubourg Saint-Antoine, su mujer escribe a Lenet: “Salgo dentro de ocho días para ayudar a M. de La Rochefoucauld a pasar su invierno en Damvillier. Desde que está allí su salud es tau mala, que he creído que yo podría ayudarle, en una pequeña parte, a soportar su mal” ⁽⁹⁾. Lo más que puede decirse de ella es que tuvo ocho hijos y que nunca dió que hablar ⁽¹⁰⁾. Murió hacia 1670, sin que se sepa a ciencia cierta la fecha.

(5) SAINTE BEUVE (C. A.): *Portraits de Femmes; M. de La Rochefoucauld*, pág. 318. Los numerosos artículos y pasajes en que Sainte Beuve se ha ocupado de nuestro autor han sido recopilados por MAURICE ALLEM: *Les Grands Ecrivains Français par Sainte Beuve, études des Lundis et des Portraits, classées selon un ordre nouveau et annotées par... XVIIe siècle: Philosophes et moralistes*. Paris, Garnier, 1928. Pese a la comodidad de esta recopilación, su escasa difusión nos ha hecho citar los trabajos de Sainte Beuve en sus ediciones originales.

(6) SAINTE BEUVE (C. A.): *Portraits de Femmes. Mme. de La Fayette*, pág. 276, nota 1.

(7) GOURDAULT, *op. cit.*, pág. X, cita una carta de Mme. de Sévigné en la cual ésta disculpa su propia afición a las novelas con el ejemplo de La Rochefoucauld.

(8) Editado en París, 1886; T. II, pág. 406.

(9) Carta 20. *G. E. F.*, T. III, pág. 274.

(10) SAINTE BEUVE: *Portraits de Femmes; M. de La Rochefoucauld*, pág. 290, nota 1.

Mientras tanto, el noble duque buscaba otras inspiradoras, y Sainte Beuve, escribe con justeza: "Se podría dar a cada uno de los cuatro períodos de la vida de M. de La Rochefoucauld el nombre de una mujer, como Herodoto dá a cada uno de sus libros el nombre de una Musa. Serían: Mme. de Chevreuse; Mme. de Longueville; Mme. de Sablé; Mme. de La Fayette. Las dos primeras, heroínas de intrigas y de novelas; la tercera, amiga moralista y conversadora; la última, volviendo sin querer a la heroína por una ternura mitigada de razón, mezclando los tintes y encantándolos como en un postrero sol" (11).

En el momento de comenzar su vida pública, el príncipe de Marcillac era un joven de temperamento romanescó ávido de movimiento y de nombradía más que de beneficios y a quien un carácter tornadizo e inquieto y una gran penetración psicológica vedaban el éxito. Faguet escribe con mucha razón "su humor lo llevaba a la acción, su pronto conocimiento de los hombres a desligarse de ellos, su desprecio a confundirlos, para encontrarse, al siguiente día nuevamente enrolado con ellos". (12).

Refiriéndose más tarde al proyecto de raptar a la Reina, escribe estas líneas características: "Puedo decir que [este proyecto] me dió la alegría más grande de mi vida. Estaba en la edad en la cual uno gusta hacer cosas brillantes y extraordinarias, y me parecía que nada lo era más que quitar al mismo tiempo la Reina al Rey su marido, y al Cardenal de Richelieu que la celaba" (13). Un sentimiento exagerado de su nombre y de su valía lo destinaba de antemano a ser un descontento y un hombre de intrigas. Por último, sus dones de observador ya comenzaban a apuntar: "Empezaba a notar con alguna atención aquello que veía"; escribiría él mismo refiriéndose al año 1628 (14).

(11) SAINTE BEUVE (C. A.): *Portraits de Femmes.*, pág. 291.

(12) FAGUET (E.): *Dix-Septième siècle. Etudes Littéraires...* 13^a ed., Paris, 1894, pág. 62.

(13) *Mémoires: G. E.F.*, t. II, pág. 28-29.

(14) Id. id., t. II, pág. 14.

No seguiremos al noble hidalgo en su vida aventurera durante los últimos años de Richelieu, la Regencia y la Fron- da; sólo destacaremos algunos hechos. Cumplió valientemente con su deber como soldado y se batió en Italia, Flandes y Países Bajos. Partidario de la Reina contra el Cardenal-Ministro, mezclado a numerosas intrigas y arriesgando su cabeza, con su amiga la duquesa de Chevreuse, la conspiradora por excelencia, fué desterrado a sus tierras de Verteuil, “embastillado” por un tiempo y perdió toda posibilidad de fortuna y adelanto. Para colmo, habiéndose distinguido por su bravura en los Países Bajos, la Reina le prohíbe recibir del Cardenal el título de mariscal de campo, ofrecido en recompensa.

En 1642 muere Richelieu y poco después el Rey; la Regencia es proclamada y Marcillac pudo creer llegada su hora: El Ministerio era lo menos que podía obtener en recompensa de los sacrificios y servicios prestados. Pero, aún después de muerto, Richelieu seguía gobernando a Francia por su alumno Mazarino, dueño a la vez del Ministerio y del corazón de la Reina. A todos los pedidos de Marcillac, sólo se le contestó con buenas palabras y con promesas. Hasta se le negó lo que la Reina le había prohibido otrora recibir de manos de Richelieu: el Mariscalato. Para permanecer fiel a su amistad con la Duquesa de Chevreuse, solicita que ésta sea autorizada a volver del destierro al cual la había condenado el Rey en su lecho de muerte. La Reina, ahora en el poder, no deseaba que su movediza amiga volviese, y al insistir en su pedido, La Rochefoucauld arriesgaba su resentimiento. Esto sucedió, en efecto, y La Rochefoucauld escribirá más tarde con desengaño: “No hallé luego más gratitud de su parte [de la duquesa de Chevreuse] por haberme perdido esta segunda vez a fin de permanecer su amigo, que la que acababa de encontrar en la Reina; y Mme. de Chevreuse olvidó... tan fácilmente todo lo que había hecho por ella, como la Reina había olvidado mis servicios cuando podía recompensarlos” (15).

(15) Id. id., pág. 90.

Es hacia esta época cuando comienzan sus relaciones con la duquesa de Longueville, hermana del "Grand Condé". Más tarde, el duque dará a esta intriga un carácter puramente político, pretendiendo que el fin perseguido por él había sido el de servirse de la duquesa como de un intermediario, para aprovechar su gran influencia sobre sus hermanos, los príncipes de Condé y de Contí. Sin embargo, quizás esto no sea exacto, y la pasión debe haber sido sincera, por lo menos al comienzo (16).

La duquesa era una rubia "cendrée", de ojos azul-turquesa, de bellas carnes y de una languidez turbadora, entrecortada por bruscos y violentos despertares (17). Era un "précieuse" en toda la acepción de la palabra, asidua al Hotel de Rambouillet, amante de los bellos entusiasmos, de utilizar todas las cosas y de destacarse por sobre todo el mundo; se puede decir que "sus defectos, tanto como sus cualidades", la acercaban al príncipe de Marcillac. (18). A partir de este momento, las intrigas se cruzan y se enredan; los descontentos y los ambiciosos comienzan a agitarse, y pronto estalla la Fronda. En este largo y confuso período, Marcillac puede observar de muy cerca a los primeros actores de la tragi-comedia, en medio de los cuales actúa: el Cardenal de Retz, los Príncipes de Condé y Contí, el duque de Beaufort etc. Acontecimientos todos que relatará luego en sus "*Mémoires*" y cuya filosofía condensará en sus "*Mazimes*".

Hemos empleado la palabra tragi-comedia, y en efecto, la Fronda eso fué (19). Se la ha llamado "la guerre des pots-de-chambres", y he aquí como de Retz describe el Hotel de Ville de París, cuartel general de los sublevados: "La mezcla de cordones azules [Caballeros de la Orden del Saint-Esprit], de damas, de corazas, de violines que estaban en las salas y de clarines que estaban en la plaza, formaban un espec-

(16) *Mémoires: G. E. F.*, t. II, pág. 94 y sgg.

(17) BOURDEAU: *op. cit.*, pág. 37-38.

(18) GOURDAULT: *op. cit.*, pág. XXIX.

(19) BOURDEAU: *op. cit.*, pág. 46-47.

táculo que se vé más en las novelas que en otra parte. Noirmoutier [uno de los jefes], que era gran aficionado de la “*Astrée*”, me dijo: “Me imagino que estamos sitiados en Marcilli”. Tiene razón, le respondí. Mme. de Longueville es tan bella como Galathée, pero Marcillae no es tan perfecto caballero como Lindamor...” (20). Para completar el cuadro Mme. de Longueville daba a luz un niño, cuya paternidad todos atribuían al príncipe de Marcillae!

El reverso del cuadro lo constituían los pillajes, las exacciones de todas clases, los crímenes y actos de vandalismo como la venta y dispersión de la espléndida biblioteca que Mazarino había formado con la ayuda de su bibliotecario Gabriel Naudé y puesto a la disposición de los estudiosos de París.

Toda esta agitación, todas estas luchas fueron vanas. En un combate en el Faubourg Saint-Antoine, Marcillae, que es duque de La Rochefoucauld desde la muerte de su padre (1650), recibe una bala de mosquete que le atraviesa la cara y por poco no le hace perder la vista; su castillo de Verteuil es devastado por las tropas reales, y su fortuna está más que comprometida. La Fronda termina y sólo ha cosechado desengaños, pero ha conocido como nadie la humanidad, porque ha podido penetrar en círculos en los cuales el moralista no tiene generalmente acceso, y sobre todo, porque ha visto hasta qué punto la inteligencia o la razón están sometidas al temperamento, las previsiones mejor fundadas destruídas por los acontecimientos y la voluntad dominada por los instintos. Los materiales de su obra están listos.

Después de la Fronda, un gran apaciguamiento se hace en Francia. La nación, cansada de tantos años de disturbios, sólo aspira al reposo. La nobleza, los Vendômes, los Condé, los Orleans, se someten. El reinado del “Roi Soleil” comienza.

(20) CARDINAL DE RETZ: *Mémoires*, t. II, pág. 171, de las *Oeuvres* publicadas en la col. des *Grands Ecrivains de la France*. Paris, 1870 y sgg. Pasaje citado por BOURDEAU: *op. cit.*, pág. 47.

El duque de La Rochefoucauld es entonces un perfecto hombre de mundo: sin ilusiones, totalmente escéptico, algo desdeñoso e irónico, pero de una educación perfecta y de un trato agradabilísimo.

Los recuerdos de sus años borrascosos los vuelca nuestro autor en sus *Mémoires* cuyo manuscrito hace circular entre algunos amigos. Una edición más o menos alterada fué impresa en Holanda en 1662 y produce gran revuelo dado lo candente del tema y el gran número de personajes citados que aún vivían. El duque de Saint-Simon, padre del célebre escritor, se constituyó en casa del librero y frente a un pasaje que lo concernía estampó un “el autor ha mentido” en margen de todos los ejemplares que allí se encontraban (21). El príncipe de Condé y una infinidad de otras personalidades también se agitaron llegando a amenazar al duque. Este capeó el temporal negando la paternidad de la obra y nunca dió una edición autorizada de sus *Mémoires* siendo necesario esperar el siglo XIX para conocerlas “in extenso”.

Distribuye su tiempo entre su presencia en la Corte, atento a su “accroissement” y sus deberes mundanos, entre los cuales figuran, en primer término, las visitas a Mme. de Sablé. Madeleine de Souvré de Sablé, después de una juventud borrascosa, se había retirado al Faubourg Saint-Jacques, en una mansión cercana al monasterio de Port-Royal, repartiendo su vida entre la buena mesa, las cosas del espíritu y la devoción. A su alrededor se forma un grupo de notables inteligencias, donde la influencia de Pascal es considerable. Hallamos teólogos como los Arnauld y la Mère Angélique, epicúreos como Merjot, su médico de cabecera, jurisconsultos como Domat, intelectuales como Jacques Esprit, el abate d’Ailly etc. (22). En este ambiente, el libro de La Rochefoucauld to-

(21) *Mémoires: G. E. F.*, t. II, pág. XIII.

(22) BOURDEAU: *op cit.* pág. 90 y sqq. Ver también Rébelliau (A.): *Les Moralistes: La Rochefoucauld et La Bruyère*, tomo V, Cap. VII de la *Hist. de la langue et de la Littérature Française...* direction L. PETIT DE JULLEVILLE.

ma forma y todas estas influencias se reflejan en él. Sus “*Maximes*” condensan sus conversaciones, sus observaciones, las experiencias de su vida pasada y después de sometidas varias veces en consulta a sus amigos, la obra aparece en 1665, sin nombre de autor (23).

La impresión causada por el libro fué grande; sus conclusiones pesimistas chocaron algunas almas candidas e ingenuas, pero la mayoría las aprobaron. Las ediciones se sucedieron con rapidez y la 5ª aparece en 1678, dos años antes de la muerte de su autor.

Mientras tanto, el duque se había alejado un poco de Mme. de Sablé, de más en más abstraída por la devoción y demasiado ligada con Mme. de Longueville, que también se había convertido y que motivaba esta opinión del conde de Brienne: “M. Arnauld, son directeur, étant devenu son amant spirituel, elle en était folle, comme elle l’avoit été en d’autre temps du due de La Rochefoucauld” (24).

El autor de las “*Maximes*”, frecuentaba ahora en casa de Mme. de La Fayette. Persona muy culta, muy amante de las letras, ésta presidía un salón donde los grandes escritores de la época: Corneille, Molière, Boileau, leían a menudo sus obras, y al cual acudían también Mme. de Sévigné, Mme. de Scudery, Corbinelli, etc. (25). Era un ambiente más mundano que el salón de Mme. de Sablé, un poco ensombrecido por el jansenismo del vecino Port-Royal. Luego, el recíproco amor de Mme. de La Fayette y del duque parece (25’) haber sido feliz. Por último, la posición de éste ha mejorado; su fortuna está algo restaurada, su hijo bien visto por el Rey, una sensación de alivio pasa por su obra y las ediciones sucesivas de las

(23) Una edición clandestina había aparecido el año anterior (1664) en Holanda.

(24) Citado por GOURDAULT: *op. cit.*, pág. LXIV.

(25) BOURDEAU: *op. cit.*, pág. 145-167.

(25’) BEAUNIER (A.): *Mme. de La Fayette et M. de La Rochefoucauld; Les premiers temps. La Revue Hebdomadaire*. 35º année, N° 30. Paris, 24 Juillet 1926, pp. 405-428, artículo que también aporta interesantes precisiones sobre el “*accroissement*” de las familias nobles de la época.

“*Maximes*” ofrecen, junto a correcciones puramente estilísticas, algunas atenuaciones de fondo.

Sin embargo, sus últimos años fueron tristes. En el paso del Rhin perdió uno de sus hijos conjuntamente con el que había tenido de Mme. de Longueville, y su dolor fué inmenso. (26). Sus achaques también lo hacían sufrir duramente; pese a todo, vió venir la muerte con serenidad e indiferencia. Cuando sintió su fin próximo, en perfecto hombre de mundo, llamó a Bossuet y expiró casi en sus brazos. (27).

Tal es en síntesis la biografía de La Rochefoucauld y la génesis de su obra, pero sus fuentes de inspiración y sus ideas filosóficas, merecen capítulos aparte.

— II —

El Método y las Fuentes

Se ha dicho con razón que el siglo XVII es, en Francia, el siglo de los moralistas. El estudio moral del hombre llena, no sólo las obras de los maestros, sino también las de los autores secundarios. Es el siglo de los Pensamientos, de los Retratos, de las Máximas. Estos dos últimos géneros tienen respectivamente su centro en el salón de “Mademoiselle” en el Luxemburgo y en el de Mme. de Sablé cerca de Port-Royal. Bajo este doble signo está concebida la obra de La Rochefoucauld: su auto-retrato y sus “*Maximes*”. Su auto-retrato sólo ofrece hoy un interés biográfico o documental, pero sus “*Maximes*” constituyen una de las más perfectas obras de la literatura francesa. El libro en sí no es un tratado sistemático y

(26) BOURDEAU: *op. cit.*, pág. 166.

(27) El problema de las ideas religiosas de La Rochefoucauld no ha sido totalmente dilucidado. Todo lleva a creer que, a la par de la mayoría de los hombres de su generación, sólo tenía una creencia aparente, a fin de no singularizarse. Véase SAINTE BEUVE, *passim* y P. T. PERRENS: *Les libertins en France au XVIIe siècle*, Paris, 1899, pág. 246 y sqq.

rígido, escolástico y pedante sobre las pasiones, sino un conjunto de notas, una especie de diario de laboratorio en el cual el autor escribe cotidianamente sus observaciones. De ahí que La Rochefoucauld pueda modificar en las ediciones sucesivas algunos de sus puntos de vista demasiado absolutos o peligrosos. Las pequeñas contradicciones no le inquietan: como no ha pretendido exponer un sistema, no se ha preocupado de reducir las por artificios de retórica; son materiales acumulados, no partes de un todo organizado.

Su posición es bastante sencilla (28). No niega (como se ha dicho) la existencia de la virtud y del bien; tampoco subordina todo (como igualmente se ha dicho) al cálculo interesado. La Rochefoucauld es más positivo: demuestra sencillamente que el hombre actúa, como si la tal virtud no existiese, bajo la influencia del temperamento, de la complejión o, más a menudo, del egoísmo, siendo este último muchas veces inconsciente. Procede por inducción; parte de un caso dado, lo generaliza, hace abstracción del individuo y aplica la conclusión a la humanidad entera. El caso u observación inicial le es suministrada por tres fuentes: los libros, su experiencia de la vida y el ambiente.

A primera vista no parece que los libros fueren para él una fuente importante de conocimientos. Hemos visto anteriormente que su instrucción fué bastante descuidada cuando niño, que sabía poco o nada de latín, y él mismo nos dice: en su *Maxime* D. L.: "Es más necesario estudiar a los hombres que a los libros" (29). Pero debemos observar que La Rochefoucauld amaba la lectura y las conversaciones con personas de saber. Escribe en su auto-retrato: "Gusto de la lectura en general; aquella en la que se halle algo que pueda formar el espíritu y fortalecer el alma es la que más aprecio; sobre todo tengo una extrema satisfacción de leer con una persona de

(28) FAGUET: *op. cit.*, pág. 64 y sqq.

(29) Todas las citas de las *Maximes* se hacen de acuerdo a la edición G. E. F. y con la numeración traída por ella.

ingenio, pues así se reflexiona en todo momento sobre lo que se lee y de estas reflexiones que se hacen, se forma la conversación la más agradable y la más útil del mundo". Este rol de la conversación es muy importante en Francia, durante los siglos XVII y XVIII. Ménage, uno de los cerebros más "llenos" de la época decía que de diez cosas que sabía, nueve las había aprendido conversando. (30). Por último, observaremos que si el duque difícilmente podía leer a los clásicos en latín, bien pudo hacerlo en algunas de las numerosas traducciones que de ellos existían.

Si conociéramos la composición de la biblioteca que, sin duda, tenía nuestro autor, fácil sería indicar sus fuentes. Pero, no existiendo tal trabajo, a nuestro conocimiento, trataremos de señalar algunos de sus principales inspiradores. En la edición de las obras de La Rochefoucauld publicada por Gilbert et Gourdault, se indican los pasajes de los autores cuyas ideas son similares. Estos pasajes son bastante numerosos, pero debemos tener en cuenta que en muchos casos ha podido haber simple encuentro y no inspiración directa, y que además La Rochefoucauld pudo tener conocimiento de ese pasaje o idea, sin leer directamente al autor citado. Así por ejemplo, cuando escribe: "La pompa de los entierros concierne más a la vanidad de los vivos que al honor de los muertos" (*Max.* D.C.X.II) estaríamos tentados de poner esa frase frente a la de San Agustín que dice: "el cuidado de los funerales, la elección de la sepultura, la pompa de las exequias, sirven más al consuelo de los vivos que a la tranquilidad de los muertos" (31). Pero, a La Rochefoucauld no le era necesario leer a San Agustín (aunque quizás lo haya comentado con sus amigos jansenistas) para hallar este pasaje, pues Montaigne da la cita en sus "*Essais*" (I,3). Sin embargo algunos autores clásicos han inspirado indudablemente al autor de las "*Maximes*" y los principales nos parecen ser: Catón, Publius Sy-

(30) LANSON (G.): *Histoire de la littérature Française*. 17e ed., Paris, 1922, pág. 376.

(31) *Ciudad de Dios*, I, 12.

rus, Séneca y Tácito. Los disticos morales de Catón y de P. Syrus han gozado durante siglos de gran fama, no solo en las escuelas, sino en las familias y dentro de los círculos letrados, influyendo en la literatura psicológica de entonces y contribuyendo al abundante florecimiento de las colecciones de sentencias y máximas. Varias de las máximas de La Rochefoucauld parecen estar inspiradas en ellas. Así, escribe el duque: “La prudencia y el amor no están hechos el uno para el otro” (*Max.* DXLVI) y P. Syrus decía: “Amare et sapere vix deo conceditur (Amar y permanecer prudente, apenas si es concedido a un dios). Séneca también le ha proporcionado ideas, algunas por lectura directa, otras a través de Montaigne que lo reconocía (junto con Plutarco) como a uno de sus principales inspiradores. Y debemos notar que Séneca es el único autor que La Rochefoucauld saliendo de sus normas habituales, ha nombrado expresamente en su libro (*Max.* DLXXXIX). Por último, Tácito ha sido una de sus lecturas favoritas y en sus “*Mémoires*” se esforzó de imitarlo. Saint Réal, escribía ya en aquel entonces: “El duque es gran imitador de Tácito”. Amelot de La Houssaye en el prefacio de su obra “*La Morale de Tâcite*” publicada en 1686 dice, refiriéndose a las “*Mémoires*”: “...Son verdaderos comentarios [de Tácito] en los que él [La Rochefoucauld] ha sabido perfectamente aplicar los más bellos rasgos [de Tácito] a los asuntos de la Regencia y a los ministros que los han dirigido”. Y acto seguido prueba su dicho confrontando pasajes de uno y otro autor⁽³²⁾. La acción de estos cuatro escritores puede sintetizarse así: P. Syrus y Catón le inspiran una moral un poco “*tèrre a tèrre*”, netamente romana y utilitaria; Séneca es más ondulante y variado, predica la virtud estoica pero reconoce sus dificultades, combate a Epicuro pero a menudo le dá la razón directa o indirectamente, deja de lado a la metafísica y a la moral teórica pero analiza con una profundidad y agudeza incomparable los problemas de la moral prác-

(32) Citado por G. E. F., t. II, pág. XIX a XX.

tica; Tácito le enseña a ser conciso, a resumir en una frase corta e incisiva todo un aspecto moral del hombre o un capítulo de historia, al mismo tiempo que le muestra lo que se ha llamado "la trama psicológica de los acontecimientos políticos".

Entre los inspiradores modernos de La Rochefoucauld debemos rayar a Descartes. Primero por una cuestión de fechas: la aparición del "*Discours de la Méthode*" es demasiado reciente para haber influido profundamente sobre el público en general; y luego, como lo veremos, por una oposición fundamental que hay entre el duque y Descartes respecto al rol de la voluntad. Los aspectos cartesianos de la obra de nuestro autor pertenecen al siglo, no a Descartes⁽³³⁾.

Por el contrario la influencia de Montaigne es innegable. La sociedad escéptica de la primer mitad del siglo XVII lo leía asiduamente, el Cardenal Du Perron había llamado su breviario al libro de los "*Essais*" y La Rochefoucauld le debe mucho. Conoció por su intermedio a numerosos autores clásicos como lo demostramos más arriba. Luego Montaigne le inspiró desconfianza hacia la pureza de las intenciones de los héroes y grandes hombres, escepticismo hacia las soluciones dogmáticas de toda índole, tolerancia sin ilusiones para con las debilidades del hombre, indiferencia para los problemas metafísicos insolubles por naturaleza, sagacidad en penetrar los movimientos del corazón humano y el placer de conocerlos. Por último Montaigne lo familiariza con las ideas de Epicuro sobre los motivos interesados de nuestras acciones. Esta influencia es tal que algunos pasajes de los "*Essais*" pasaron casi textualmente en el libro de La Rochefoucauld, como el siguiente que fué suprimido en las ediciones posteriores: "La más sutil locura se hace de la más sutil prudencia" (*Max DXCII*) y Montaigne: "¿De qué se hace la más sutil locura sino de la más sutil prudencia?" (*Essais*, II, 12).

(33) Cf LANSON (G.): en *Revue de Métaphysique et de Morale*, París, 1896, pág. 515 y sqq.

Charron, que transforma el: *¿Qué es lo que sé?* de Montaigne en un absoluto: *Nada sé*, debió ser menos gustado por el duque a causa de su dogmatismo, sin embargo se podrían citar máximas inspiradas en él, y sabemos a ciencia cierta que La Rochefoucauld lo conoció puesto que el marqués de Sourdis, uno de los asíduos del salón de Mme. de Sablé, leyó en éste una refutación de las ideas de Charron ⁽³⁴⁾.

El canónigo Gassendi publica en 1647 una *Vie d'Épicure* cuyas doctrinas vulgarizó en sus libros y éstas son una fuente importante de nuestro autor. En efecto, si analizamos de cerca la obra de Gassendi, detrás de los velos puestos por prudencia, llegamos a esta conclusión: "El hombre es un animal como los demás, y si éstos hablasen no les faltarían argumentos para establecer su superioridad. El animal, no tiene otro fin que la conquista de lo que desea". ⁽³⁵⁾. El hombre actúa del mismo modo, y pone todos los medios en juego para satisfacer sus deseos, llevado por el interés. Esta teoría que es la de Epicuro, será una de las ideas fundamentales del libro de La Rochefoucauld.

Daniel Dyke, pastor protestante, publicó en inglés una obra que J. Vernueil tradujo en francés bajo el título "*La Sonde de la Conscience*" (Genève, 1634) y que al decir de los contemporáneos era muy leída por el duque. La comparación entre varias máximas y pasajes de "LA SONDE" permite indicar a Dyke como una de las fuentes de La Rochefoucauld ⁽³⁶⁾. Es una inspiración severa, que presenta al hombre como totalmente corrompido, dominado por sus apetitos egoístas y que por lo tanto coincide con la suministrada por Pascal y los jansenistas de Port Royal, por la ascendencia protestante del duque y por las ideas de Epicuro. Varios otros escritores podrían señalarse como habiéndole inspirado quien

⁽³⁴⁾ VÍCOR COUSIN: *Madame de Sablé*, París, 1854, pág. 73 y sqq.

⁽³⁵⁾ PERRENS: *op. cit.*, pág. 155 y sqq.

⁽³⁶⁾ JOY (E.): *Deux inspireurs inconnus jusqu'ici des Maximes de La Rochefoucauld: Daniel Dyke et Jean Vernueil. Bulletin du Bibliophile et du Bibliothécaire*. París, 1909, pág. 433 y sqq.

una idea, quien una frase: Horacio, Cicerón, Guarini, Juvenal; éstos dos últimos expresamente indicados aunque no nombrados en la *Maxime* DCV y en la variante de la LXV. Los escritores religiosos como Jansenius y San Juan Climaco (traducido por Arnault d' Andilly en 1662) también podrían mencionarse, pero creemos haber citado a los principales y esta rápida enumeración nos permite afirmar, contrariamente al decir del autor, que la obra de La Rochefoucauld está fuertemente influenciada por los libros.

Pese a la influencia "libresca"; que dejamos señalada, la obra de La Rochefoucauld es ante todo una obra "vívida", fruto de su experiencia personal y del ambiente, en que se mueve.

Su vida fué, ya lo vimos, fértil en desengaños y desilusiones. El hombre que había conocido a Mazarin, Retz, Condé y a tantos otros no podía creer en la sinceridad de los hombres ni en su patriotismo. La víctima de la ingratitud de Mme. de Chevreuse o de la Reina, no debía tener un alto concepto de la amistad y del agradecimiento. Los planes mejor concebidos al derrumbarse bajo la influencia de circunstancias imprevisibles le debían convencer de la existencia de un determinismo universal y super-humano. León Enrhard en un interesante estudio ⁽³⁷⁾ ha agrupado los rasgos dispersos en las "*Mémoires*" y en las "*Maximes*" refiriendo cada grupo a uno de los personajes de la época. El trabajo, aunque algo artificial, es muy instructivo y hace ver claramente la parte considerable que la experiencia de la vida tuvo sobre las ideas del autor. Un ejemplo bastará para demostrarlo. Escribe La Rochefoucauld en sus "*Mémoires*" ⁽³⁸⁾. "El Duque de Beaufort se servía utilmente de esta distinción y de otras ventajas para establecer su influencia, por la opinión que ésta [influencia] ya estaba asegurada" — y su *Maxime* LVI dice: "Para estable-

⁽³⁷⁾ EHRHARD (L.): *Sources historiques des Maximes de La Rochefoucauld*. Strasbourg, 1891.

⁽³⁸⁾ *Mémoires*. G. E. F., t II, pág. 60.

cerse en el mundo se hace todo lo que se puede para parecer ya establecido". La filiación es evidente.

Cuando su experiencia no era suficiente, observaba o se documentada. Así, deseando conocer los sentimientos de Mme. de Longueville después de la aparición de sus "*Mémoires*", en las que ésta se hallaba bastante comprometida, el duque escribe a Mme. de Sablé: "Desearía saber por una persona que vé los repliegues del corazón como Ud. cuáles son sus verdaderos sentimientos [de Mme. de Longueville] a mi respecto, quiero decir: si ha dejado de odiarme por devoción o por cansancio o por haber reconocido que yo no tenía toda la culpa que ella creyó; en fin, os ruego me digáis lo que os ha parecido al respecto porque creeré mucho más en lo que Ud. me diga que en lo que he visto por otra parte". (39). Nos parece oír un químico encargando un experimento delicado a un ayudante experto.

Por último el autor estaba sometido al ambiente. Esta acción se puede observar sea en sus conversaciones, sea en su correspondencia. En su autorretrato él mismo nos dice cuánto amaba la conversación y la conocida carta del caballero de Meré, analizada por Sainte Beuve (40) nos da una fiel imagen de una de estas conversaciones. Esta influencia del ambiente se concreta en dos direcciones: la epicúrea y la jansenista.

Entre los epicúreos, tan numerosos entonces, destaquemos: El médico Cureau de la Chambre cuyos libros tal "*Les Caractères des Passions*" (París, 1640-1642) de psicología positivista a base fisiológica eran leídos en el salón de Mme. de Sablé y han sugerido a La Rochefoucauld más de una idea acerca de la influencia de los humores y de los temperamentos sobre las pasiones (41). Ninón de Lenclos que encabeza un

(39) Carta 58, *G. E. F.*, t. III, pág. 139.

(40) SAINTE BEUVE (C. A.): *Portraits Littéraires. Le Chevalier de Méré*, t. III, pág. 118 y sqq. Las obras de Méré se publicaron con posterioridad a la aparición de las *Maximes*, la influencia es pues únicamente oral. La carta en cuestión figura también en *G. E. F.*, t. I, pág. 395.

(41) RÉBÉLLIAU (A.): *op. cit.*, pág. 398, nota 5.

núcleo de epicúreos lectores de Gassendi y de Montaigne y a la que el duque frecuentaba asiduamente. El médico Merjot, otro familiar de Mme. de Sablé. Meré a quien citamos más arriba y Saint Evremont con quien Mme. de Sablé mantenía frecuente correspondencia. A todos ellos debe quizás La Rochefoucauld la parte más sólida de su obra: el carácter positivo de sus conclusiones, sus ideas científicas sobre la influencia del cuerpo, su acantonamiento en los dominios de la experiencia, en una palabra, todo lo que le salva de ser un vano declamador de lugares comunes. Y debemos recordar aquí que en la ya mencionada carta del caballero de Meré, al relatar las palabras del noble duque que encierran una verdadera apología de Epicuro, se le hace decir textualmente: "Epicuro era un santo".

La influencia del jansenismo es visible también. Pascal frecuentaba la casa de Mme. de Sablé y si bien no ha tenido influencia por sus libros, puesto que Pascal muere en 1662 y sus "*Pensées*" sólo serán impresas en 1669 cuando las "*Maximes*" de La Rochefoucauld hacía cinco años que habían aparecido, la acción pudo ser indirecta, por conversaciones o por lectura de algunos de sus opúsculos. Quizás le "*Discours sur les Passions de l'Amour*" haya sido leído en el salón de Mme. de Sablé (42). Señalemos al pasar, un encuentro entre los dos escritores: La Rochefoucauld dice: "Hay personas que nunca se hubieran enamorado si no hubiesen oído hablar de amor: (*Maxime*, CXXXVI) y Pascal escribe: "A fuerza de hablar de amor, uno se enamora" (43). Jacques Esprit, al que siempre La Rochefoucauld estimó mucho, publicó una obra titulada *La Fausseté des Vertus Humaines* (Paris, 1678) de neta filiación jansenista. En fin, Mme. de Sablé, la dueña de casa, comparte

(42) COUSIN (V.): *Madame de Sablé, Paris, 1854*, pág. 93-96. En cambio SAINTE BEUVE: *Port Royal*, t. III, pág. 427, califica de pura suposición estas relaciones entre Pascal y La Rochefoucauld, por intermedio de Mme. de Sablé, pero creemos que Sainte Beuve se equivoca o más bien afirma esto (sin probarlo) al solo efecto de contradecir a Cousin con quien estaba distanciado.

(43) *Discours sur les Passions de l'Amour*, t. II, pág. 255.

esas ideas. — Sabemos por la correspondencia del duque que se ha conservado que algunas de sus máximas le fueron sugeridas por Esprit o por Mme. de Sablé (44), y que las otras (las de su creación personal) eran sometidas al juicio de esas mismas personas antes de ser definitivamente aceptadas por el autor. Podemos por lo tanto afirmar la influencia de las ideas jansenistas. Ellas, así, como algunos resabios de calvinismo, introducen en su obra una seriedad y un vuelo que la sólo lectura de Montaigne o la frecuentación de Ninón no podía darle. Esas concepciones pesimistas sobre la naturaleza humana dominada por instintos contra los cuales la voluntad es impotente, esa visión del hombre irremediabilmente corrompido, esas ideas deterministas sobre la vida, doblan el valor de las “*Maximes*” dándoles alcance filosófico, y, cosa de notarse, concuerdan con las teorías de Epicuro.

Tales son, a grandes rasgos las principales fuentes que han inspirado la obra que nos ocupa. El espíritu de Roma y del Renacimiento representado por sus autores más característicos: Catón, Séneca, Tácito, Montaigne y Gassendi; la psicofisiología aprendida con el trato de médicos de valía; la experiencia de una vida de aventuras durante las guerras civiles de la Fronda y las intrigas de la Corte: las austeras doctrinas de Port Royal y la influencia de Pascal, todo ha contribuido a formar esta obra única, una de las joyas de la literatura francesa y más aún, de la literatura humana.

J. FRÉDÉRIC FINÓ

(44) Ver en la edición: *G. E. F.* cartas a Esprit: carta 53, pág. 130; 66, pág. 151; a Mme. de Sablé carta 60, pág. 142; 65, pág. 148, etc. etc.

